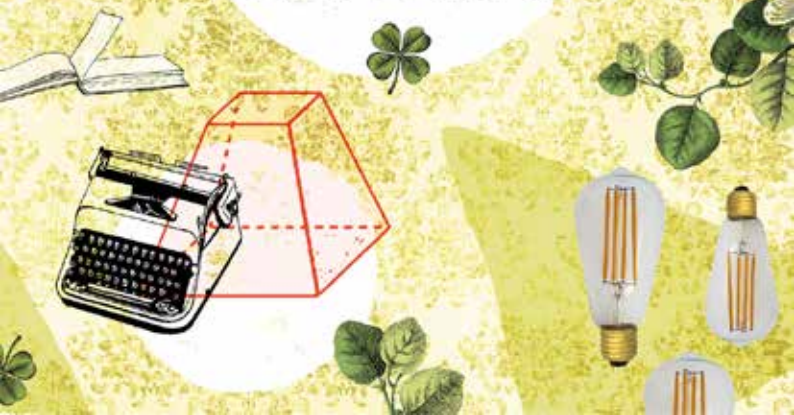




COLECCIÓN UNDERWOOD

HELGUERO

LA AGENCIA



COLECCIÓN UNDERWOOD
TERCERA SERIE



La agencia

© Lorenzo Helguero
© Estudios Generales Letras de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria 1801, San Miguel, Lima

COMITÉ EDITORIAL

Carlos Garatea
Estrella Guerra
Julio del Valle
Mario Montalbetti
Ricardo Sumalavia

DISEÑO DE LA COLECCIÓN **CUBIERTA E INTERIORES**
El Pasto Verde Records Augusto Carrasco

Primera edición: noviembre de 2018

Tiraje: 1,000 ejemplares

Impreso en Litho & Arte SAC - Jr. Iquique 26, Breña.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2018-17858.

Accede a la colección con el código QR de contraportada o visitando la web:

<http://facultad.pucp.edu.pe/generales-letras/publicaciones>

**ESTUDIOS
GENERALES
LETRAS**



PUCP

L A A G E N C I A

**LORENZO
HELGUERO**

COLECCIÓN UNDERWOOD

N.º 003 NOVIEMBRE 2018

Para Rosana, Diego y Fabrizio

El anuncio, publicado en una revista de escritura creativa, decía lo siguiente:

AGENCIA PÁGINA NEGRA

La solución para
el bloqueo del escritor

Dile adiós a la página en blanco... para siempre. ★ Si alguna vez has querido escribir una historia y nunca has podido terminarla, la **Agencia Página Negra** tiene la solución para ti. Nuestro staff profesional te ayudará a terminar esa novela o libro de cuentos con el que siempre soñaste. El momento de hacerlo es ahora.

Lo que prometía el anuncio era justamente lo que estaba buscando: hacía cinco años que había empezado una novela y solo había escrito seis páginas. Pese a los constantes esfuerzos, las palabras se enredaban y desaparecían entre botellas de vino y humo de cigarro.

Al día siguiente, llevando en un sobre las seis páginas de mi novela inconclusa, entré a la oficina principal de la Agencia Página Negra. Una mujer de uñas demasiado largas me hizo pasar a una sala decorada con fotos en blanco y negro de Borges, Vargas Llosa, Quim Monzó, Javier Marías, Ribeyro y Millás.

—Casi todos los que ve aquí han requerido los servicios de nuestra agencia —dijo el hombre de ojos penetrantes que entró sonriendo a la sala—. Ofrecemos resultados garantizados.

Hablamos durante largo rato. Yo había asumido que la Agencia te ayudaba con la trama y la caracterización de los personajes, pero el Doctor Z (así insistió en que lo llamara) me sacó de mi engaño:

—Aquí no hacemos trabajos en colaboración, estimado señor Manfredi. Es el propio escritor quien debe

encontrar las salidas a sus problemas narrativos. Y la única manera de lograrlo es trabajando con disciplina. Lo que hace la Agencia es dar los recursos necesarios para encontrar justamente esa disciplina.

No estaba muy convencido, pero terminé firmando un contrato en el que me comprometía a trabajar en mi novela una hora al día (elegí la opción *De ocho a nueve de la noche*). En esa hora debía escribir por lo menos una página, algo que en verdad me parecía poco probable. Por lo menos, pensé, valía la pena intentarlo.

Mi novela (titulada provisionalmente *Carnaval*) se centraba en el dueño de una tienda de disfraces, un inmigrante chino que todas las noches se ponía un disfraz distinto y actuaba y veía el mundo según la máscara que tenía. El personaje estaba bastante desarrollado, conocía al detalle sus rasgos físicos y psicológicos, qué gustos tenía, hasta las cosas que llevaba en el bolsillo. El problema estaba principalmente en la trama: no sabía qué le podía suceder a mi personaje. Pero era claro que algo le tenía que suceder.

Era jueves, lo recuerdo bien. La vecina del departamento de arriba había empezado su sesión de

ejercicios aeróbicos. Faltaban pocos minutos para las ocho. Apagué el teléfono. Puse un disco de Mozart. Me preparé un café y me senté frente a la computadora a reencontrarme con Luis Fung y sus variados disfraces.

En *La novela luminosa*, Mario Levrero cuenta que le era muy difícil concentrarse en escribir, porque aprovechaba cada oportunidad para jugar *Buscaminas* en su computadora. Si eso le sucedía al escritor uruguayo con un juego tan poco divertido, imaginen lo que pasaba conmigo, que tenía la computadora conectada a internet las veinticuatro horas: email, periódicos de todo el mundo, páginas pornográficas, juegos de rol. Es decir, todo lo necesario para alejarme de la escritura y sus muchas satisfacciones.

Esa vez no fue diferente. Veinte minutos después de pelearme con una oración que no terminaba de convencerme, entré a internet para enterarme de los últimos acontecimientos de la política internacional y probar suerte con el siguiente nivel del juego *Angry Birds*. Pocos minutos después de las nueve, mientras un pájaro volaba como kamikaze en la pantalla de la computadora, tocaron a la puerta.

—Buenas noches, señor Manfredi, soy el Doctor Q y vengo de parte de la Agencia a recoger la página — dijo un hombre que casi rozaba el techo con su pelo ondulado.

—¿Qué página?

—La que según el contrato se comprometió a escribir todos los días —dijo entrando al departamento de manera un tanto violenta. En los segundos de silencio que siguieron, el Doctor Q miró en todas direcciones, como buscando algo.

—Lamentablemente solo he podido escribir una oración. La computadora y el internet ofrecen demasiadas distracciones de las cuales es difícil escapar. No sé si recuerda que en *La novela luminosa...*

Antes de que pudiera terminar la frase, el Doctor Q desconectó el modem de la computadora y lo arrojó hacia el suelo haciéndolo añicos. Todavía no me recuperaba de la sorpresa, cuando descolgó el televisor de la pared y procedió de la misma manera.

—Se acabaron las distracciones, señor Manfredi. Más vale que para mañana tenga la página prometida —dijo cerrando el puño y levantándose la manga de la

camisa. Intenté decir algo, pero la expresión del Doctor Q no dejaba lugar a respuestas.

Al día siguiente fui a la Agencia para denunciar lo sucedido: me iban a escuchar, esto era totalmente indignante, no tenían ningún derecho a hacer semejantes destrozos en mi propia casa.

—Estoy al tanto de lo sucedido —dijo el Doctor Z que llegó después de media hora con una expresión adusta y unos papeles en las manos—. Pero le recuerdo, señor Manfredi, que ese es un procedimiento totalmente normal de la Agencia. Fíjese en la cláusula treinta y siete del contrato —dijo extendiéndome el documento—: “La Agencia Página Negra tiene el consentimiento del escritor para utilizar cualquier medio que juzgara conveniente para conseguir que se escriba el número de páginas establecidas en la cláusula cuatro”. Es decir, en su caso una página, señor Manfredi. Pero usted por lo visto no cumplió.

—No recuerdo haber leído esa cláusula...

—El contrato es muy claro: la Agencia puede usar todos los medios posibles para garantizar que usted escriba al menos una página al día. *Todos los medios posibles...* ¿entiende?

—Está bien —dije tras un largo silencio—. Comprendo lo sucedido... Lo mejor es cancelar el contrato y evitarme mayores problemas.

—Eso no es dable, señor Manfredi. Si lee la cláusula cuarenta y tres, se dará cuenta de que es imposible anular el contrato sin la voluntad de las dos partes. Y la política de la Agencia es hacer respetar siempre los compromisos asumidos...

—En todo caso pueden quedarse con lo que pagué, ese no es el problema...

—No se equivoque, señor Manfredi. Somos una organización sin fines de lucro que ayuda a los escritores a terminar los libros que empezaron. No nos interesa su dinero, eso es lo de menos. Lo que queremos es que acabe la novela de una buena vez. Respete sus compromisos, señor Manfredi: escriba esa página y déjese de tonterías. El Doctor Q va a volver a visitarlo esta noche; espero que no lo decepcione.

Me encontraba, por decir lo menos, en una situación sumamente difícil: tenía que escribir a como diera lugar. Decidí cancelar mi cita con el psicólogo y no asistir a mis clases de francés para poder dedi-

carle más tiempo a la escritura. A las cinco de la tarde, con la taza de café de costumbre, me senté frente a la computadora a continuar la historia de Luis Fung y sus tristes y terribles máscaras.

Me tomó más de cuarenta minutos escribir la primera oración, pero me satisfizo por completo: el ritmo y la elección de palabras era casi perfecta. Los verdaderos problemas empezaron después, cuando el verbo indicado era imposible de encontrar y Luis Fung permanecía estático disfrazado de ángel intimidado por la luz.

Eran casi las nueve de la noche y solo había escrito un párrafo, un solo párrafo. Nada que pudiera satisfacer a la Agencia.

El Doctor Q tocó a la puerta una, dos, tres veces.

—No fue fácil, pero finalmente lo conseguí —dije entregándole la página seis de mi novela inconclusa.

—Me parece que se equivoca, señor Manfredi —dijo después de darle una mirada a la página—. Esto es parte de lo que llevó a la Agencia el primer día, yo mismo hice las fotocopias. Tal vez no lo sepa, pero nosotros no permitimos ese tipo de conductas.

No tuve tiempo ni siquiera de cubrirme la cara. El Doctor Q me lanzó un cabezazo tan fuerte que me hizo perder el conocimiento.

Soñé con palabras, con figuras geométricas, con laberintos.

Lo primero que hice al despertarme fue tomar tres aspirinas. Lo segundo, ir a la estación de policía a denunciar lo ocurrido.

—Si usted firmó el contrato de la Agencia, nosotros no tenemos nada que hacer —dijo el comisario sin dejar de comer una hamburguesa que olía a cebollas—. No es el primero ni será el último que viene a quejarse de esos problemas. Trabaje, escriba, haga lo que le pidan. El asunto no es de nuestra competencia.

Lo único que me quedaba era salir de la ciudad, irme a Nubes Negras, a Santo Espíritu o a donde fuera: el destino era lo de menos. Nadie me iba a extrañar. No tenía novia, ni esposa, ni hijos que pensarán en mi ausencia. Por primera vez la soledad estaba de mi lado.

El viento cantaba en el andén. Hacía frío. El tren abrió sus puertas llamando mi nombre.

—No crea que puede escaparse de la Agencia —me dijo una mujer de ojos rasgados que se presentó como la Doctora C—. Recoja sus maletas y vuelva a su casa, señor Manfredi. La Agencia tiene ojos y oídos en todas partes.

Resultaba claro que no podía huir de la Agencia ni de mi destino. No me quedaba más que escribir.

Esa noche Luis Fung se enamoró perdidamente de una mujer disfrazada de nube, e hizo con cartón piedra un cielo del tamaño de su deseo. Esa noche reinó la lluvia y los ríos estuvieron cargados de palabras. Esa misma noche le entregué al Doctor Q —quien sentado a mis espaldas me había visto escribir como poseso— tres páginas manchadas de sudor y de café.

Desde entonces las palabras fluyen como el tiempo.

Todo se lo debo a la Agencia. Sin ella no hubiera podido acabar mi novela (*Carnaval de noche* es el título definitivo), ni estar a punto de terminar este libro de cuentos que hacía años había pensado escribir.

Me he acostumbrado finalmente a la navaja que amenaza con incrustarse noche tras noche en mi cuello.



a



003

COLECCIÓN
UNDERWOOD
NOVIEMBRE 2018

